

GEOGRAFÍA HISTÓRICA E ISTMICIDAD, O EL PUENTE ENTRE PASADO Y PORVENIR: LA CONTRIBUCIÓN DEL ATLAS HISTÓRICO DE AMÉRICA CENTRAL

Mario Samper Kutschbach

El *Historical Atlas of Central America*, publicado en el 2003 por Oklahoma University Press en una hermosa edición, es la obra histórico-geográfica más relevante que se ha producido sobre el conjunto del istmo durante los últimos años. En sus alcances, sólo es comparable con esfuerzos colectivos de la magnitud de la *Historia General de Centroamérica*, que circuló hace poco más de una década. Y fue precisamente ese lapso el que requirió la elaboración de este formidable trabajo de la geógrafa inglesa Carolyn Hall, radicada en Costa Rica desde los años setenta, del historiador argentino-costarricense Héctor Pérez Brignoli y del cartógrafo estadounidense John V. Cotter. La riqueza de sus contenidos, la seriedad de la investigación bi-disciplinaria que los sustenta y la prosa fluida, precisa y elegante de la Dra. Hall hacen de su lectura una enriquecedora experiencia de aprendizaje y también un verdadero placer. La calidad y cantidad de los mapas originales, la inteligencia e idoneidad de la concepción cartográfica, la destreza y rigurosidad de su ejecución técnica, constituyen un valiosísimo aporte a la cartografía histórica de la región y un ejemplo a emular en otras obras dentro y fuera de ella. Finalmente, el atinado empleo de las ilustraciones y un excelente diseño gráfico, la fina impresión multicolor y su encuadernación, hacen la diferencia entre un trabajo académico de peso y un libro, además, estéticamente agradable, que da gusto mirar, con la mínima salvedad de que el brillo del papel dificulta ligeramente la lectura en ciertas condiciones de iluminación.

Este Atlas Histórico de América Central es, simultáneamente y en varios sentidos, puerto de arribo de un largo y fructífero viaje emprendido por sus autores, junto a algunos colaboradores, y punto de partida para nuevas expediciones histórico-geográficas que abrirán otras vías, derroteros e interpretaciones. Es la culminación de un fértil proceso de colaboración interdisciplinaria entre dos profesionales que tras innovar y descollar en sus respectivas áreas de especialidad, encontraron en el diálogo entre visión histórica y perspectiva geográfica una manera de trascender los límites de sus propias profesiones para producir una obra que difícilmente hubiera visto la luz –y alumbrado tanto– sin el vigor híbrido de su entrecruzamiento. Ejemplifica bien una de las más largas y ricas tradiciones de la geografía histórica, como territorio de encuentro, y sugiere un sinnúmero de posibilidades a desarrollar.

El tratamiento de cada tema, junto con su vasta y heterogénea bibliografía, evidencia erudición, arduo trabajo y una gran capacidad de síntesis integradora; al mismo tiempo, evidencia diálogos con otros saberes, en los cuales se apoyaron para abarcar una amplia gama de áreas de conocimiento: ciencias ambientales e historia natural; geología y sismología; climatología, botánica y agronomía; arqueología, etnohistoria, antropología y lingüística; economía y demografía; sociología y ciencias

políticas; arquitectura y urbanismo; derecho e historia constitucional, para citar sólo algunas. Por supuesto que es factible ahondar en cada una de ellas para abordar problemáticas de interés en forma retrospectiva y prospectiva, mediante colaboraciones directas entre quienes practican la geografía histórica, desde cualquier ángulo profesional, y quienes se especializan en estas u otras ciencias naturales y sociales, como también en campos híbridos y disciplinas humanísticas.

El ámbito centroamericano al cual se refiere este Atlas trasciende la antigua Capitanía General de Guatemala y las cinco Repúblicas derivadas de ella, para incorporar –atinadamente– a Panamá y Belice. Ello representa un avance en el abordaje de la geografía histórica del istmo, en comparación, por ejemplo, con el espacio abarcado usualmente por los trabajos de historia de Centroamérica. Por otra parte, es indudable que el sur de México guarda estrechas relaciones históricas, geográficas y culturales con el norte de América Central, e incluso cabe preguntarnos sobre la colindancia colombiana, más allá de la frontera trazada a principios del siglo XX. Cabe reconocer, al mismo tiempo, que Centroamérica no fue ni es todavía una sola, no sólo por su fragmentación interna sino por la persistente segregación de su litoral caribeño, más vinculado a dinámicas antillanas que a las del Pacífico.

Lejos de ser el istmo centroamericano un espacio inalterable, preexistente o proyectado desde linderos actuales hacia el pasado más remoto, cabe entender la istmicidad como un proceso con significados y extensiones variables, como algo que se construye y reconstruye a lo largo del tiempo, que se expande y se contrae, se integra y se atomiza. Este proceso no ha sido en modo alguno lineal, sino que ha pasado por sucesivas etapas durante las cuales el sentido de la palabra istmo ha adquirido diversas connotaciones, tanto para sus habitantes como para quienes lo han visto desde fuera, con otros ojos y ambiciones. Y sin duda seguirá redefiniéndose al cambiar el significado de las fronteras nacionales, al reorganizarse los espacios económicos y culturales, al formularse y debatirse, desplegar velas o naufragar proyectos de centroamericanidad afines y discrepantes.

Toda obra de síntesis histórico-geográfica se plantea el viejo y recurrente dilema de cómo resolver la tensión entre sincronía y diacronía, o mejor, entre la necesidad de elaborar mapas que representen la variabilidad espacial en determinado momento y la de ofrecer una visión de proceso. Asociado a ello, surge también la cuestión de cómo reconciliar la representación de relaciones sincrónicas entre múltiples fenómenos y las transformaciones de cada uno de éstos a lo largo del tiempo. Si los historiadores suelen periodizar los procesos, y los geógrafos procuran mapear, la geografía histórica debe hacer ambas cosas. La solución clásica ha sido combinar cortes sincrónicos (con sus respectivas imágenes cartográficas de la variabilidad zonal) con capítulos o, en todo caso, textos que relatan y explican los procesos que median entre una y otra situación. Algunos de ellos son representables cartográficamente, v.g. con mapas diacrónicos, mientras que otros requieren de formas narrativas y explicaciones escritas en el modo discursivo de la historia. La estructura de este Atlas Histórico ilustra la forma en que sus autores enfrentaron este ineludible dilema:

En el primer capítulo, titulado “Ambiente y territorio”, el contrapunteo entre geografía e historia comienza con la presentación de los rasgos básicos de América Central como región geográfica y prosigue con un somero recuento de las exploraciones, recorridos y descripciones del istmo a lo largo de su historia moderna, en tres grandes períodos. Seguidamente presenta los rasgos fundamentales de su geografía física, desde sus bases geológicas, climáticas y edafológicas hasta sus zonas de vida,

recursos naturales y riesgos ambientales. Luego destaca la dualidad puente-istmo, para ofrecer una panorámica de la cambiante organización interna y relación externa de Centroamérica desde la conquista española, pasando por la ingerencia británica y estadounidense, hasta la independencia, la difícil construcción de los Estados Nacionales con sus múltiples conflictos fronterizos, y reiterados, e igualmente los esfuerzos unionistas durante los siglos XIX y XX. Finalmente, aborda el polémico asunto de la identidad regional centroamericana, que define por su istmicidad: "Centroamérica constituye una región sobre todo por su estructura única como istmo largo y estrecho que une a dos subcontinentes y separa los dos mayores océanos del mundo". Al respecto se ha debatido ya, y sin duda proseguirá la discusión.

El segundo capítulo se titula "Gentes y lugares: los patrones del cambio cultural", y recorre los caminos de la etnicidad en el istmo, desde tiempos precolombinos hasta el siglo XX, inclusive. Abre con una exposición de las antiguas regiones culturales y su evolución hasta el violento contacto con el expansionismo ibérico. Presenta luego los dilemas y disyuntivas político-morales de la conquista española, la trayectoria del poblamiento europeo y sucesivas modalidades de sujeción y control de la población autóctona: repartimientos, congregaciones y encomiendas, conquista militar y espiritual. Varias secciones abordan diversos aspectos de las relaciones interétnicas en el período colonial temprano y tardío. Para los siglos XIX y XX se comentan las características culturales de la población, su comportamiento demográfico y los procesos de poblamiento, así como la persistencia de las identidades autóctonas. El capítulo concluye con un balance de los alcances y límites de la ocupación del espacio y de la aculturación, antes y después de la independencia, y resume diagramáticamente la cambiante asociación entre etnicidad y relaciones de clase desde la antigüedad precolombina hasta el presente.

Los tres capítulos siguientes abarcan otros tantos períodos de la historia centroamericana: el de las sociedades coloniales, el de la conformación de sociedades nacionales en el siglo XIX e inicios del siglo XX y el de los "retos del desarrollo", con antecedentes decimonónicos pero centrado en el siglo XX. No es factible reseñar aquí el contenido de cada uno, pero pueden señalarse algunos ejes temáticos recurrentes: patrones de poblamiento y acceso a la tierra; paisajes rurales y espacios urbanos; actividades económicas, rutas de transporte y organización del comercio; grupos étnicos y relaciones interétnicas; violencia colectiva e insurreccional; conflictos sociopolíticos y militares; estructuración espacial del poder político y organización político-administrativa; conflictos fronterizos e incursiones foráneas, para mencionar sólo algunos que encontramos para los tres períodos. Otros se enfatizan para el siglo XX, v.g. educación, salud pública, procesos político-electorales, poblaciones desplazadas y refugiadas, etc. Claro está que cada una de estas problemáticas tiene raíces anteriores y sería interesante que se ahondara en ellas, no sólo para comprender mejor sus orígenes sino para proyectar a futuro ciertas tendencias de más largo plazo y reflexionar sobre la relación entre disyuntivas pretéritas, actuales y previsibles.

En cuanto síntesis interpretativa de procesos histórico-geográficos, el Atlas se basa en una amplísima investigación y combina documentos inéditos del Archivo General de Indias, como también de otros repositorios centroamericanos y europeos, con fuentes documentales y estadísticas impresas. Se apoya asimismo en un conjunto de mapas básicos y temáticos publicados en el istmo y fuera de él. Recurre también a estudios técnicos, geográficos, económicos y sociales contemporáneos y a posteriores obras de investigación histórica. Las restricciones de extensión para cada tema y

período obligaron a comprimir y seleccionar la información presentada en el texto, que ofrece visiones de conjunto e interpretaciones generales. Así, encontramos alrededor de 130 textos de apretada síntesis interpretativa sobre temas específicos, dentro de la estructura general reseñada anteriormente.

Los autores encuentran soluciones originales o efectúan adaptaciones creativas para representar en forma gráfica y concisa lo esencial de un conjunto de informaciones en torno a un mismo asunto. Así, por ejemplo, cabe mencionar la representación del itinerario de Fray Alonso Ponce en su recorrido de las provincias franciscanas del istmo en 1586 (p. 123); la del tiempo de viaje por rutas principales, ejemplificado por la duración del correo en las postrimerías del período colonial (p. 179), y varias síntesis gráficas de los gobiernos, guerras civiles y principales eventos políticos durante sucesivos períodos republicanos.

Ostensiblemente referido a procesos histórico-geográficos anteriores, el contenido de esta obra tiene una gran utilidad potencial para comprender el presente y pensar el futuro. Aunque se detiene en 1990, y los autores evitan conscientemente especular sobre el porvenir, las problemáticas abordadas son claramente pertinentes. Ello es quizá más explícito en la sección sobre dilemas ambientales al final del milenio, pero se puede encontrar precedentes y raíces de problemáticas actuales o previsibles en diversas partes del trabajo. Queda para otros, para todos nosotros, la tarea de explicitar y desarrollarlas, como insumos para la reflexión prospectiva.

El excelente trabajo cartográfico se apoya en datos históricos georeferenciados que suponen una minuciosa labor no sólo de recopilación sino también de ubicación, análisis, interpretación y representación. Aquí, también, este Atlas marca en cierto sentido el cierre de una época: posiblemente sea uno de los últimos de su tipo, construido pacientemente con procedimientos manuales y técnicas anteriores a la revolución digital e informática en cartografía. Cuando se inició su elaboración hace alrededor de una década ya se habían dado pasos importantes en esta transición, pero no se había generalizado el uso de sistemas de información geográfica y cartografía digital en este tipo de trabajos. Tampoco se habían logrado la facilidad de uso de las herramientas técnicas y la calidad del producto final por las cuales hoy difícilmente se emprendería un proyecto de esta magnitud sin recurrir a los sistemas más avanzados. Al apropiarnos cada vez más de los nuevos instrumentos que ya han comenzado a utilizarse en nuestro medio, debemos evitar el espejismo de la técnica por la técnica y nunca perder de vista los objetivos. Al transitar por nuevos derroteros tecnológicos en años venideros, conviene tener este tipo de obra como referente y recordatorio, no sólo del camino recorrido sino del alto nivel logrado, que debe emularse en cuanto a contenido y forma, a la vez que se exploran nuevas posibilidades.

La labor de mapeo fue compleja, tanto por la amplitud del territorio y de la cobertura temporal como por las disparidades en la información georeferenciada para diversas zonas, períodos y cuestiones. Fuentes dispersas, de obtención a menudo difícil y de tratamiento arduo y delicado, como las relaciones geográficas y censos coloniales, ofrecieron datos espacialmente ubicables que, en conjunto, permitieron generar cuatro cortes sincrónicos durante la prolongada dominación española: el primero a mediados del siglo XVI, otro para fines de esa centuria y principios de la siguiente, el tercero hacia finales del siglo XVII, y el último para las postrimerías del período colonial. En cada uno de estos momentos histórico-geográficos fue necesario reunir datos referidos a distintos años, e incluso décadas, para lograr mayor cobertura espacial.

La información decimonónica para el período republicano resultó más deficiente y los autores señalan la escasa utilidad de los relatos de viajeros, tan usados por la historia narrativa, para la construcción de mapas de la época. Mencionan, asimismo, las debilidades de las fuentes todavía protoestadísticas del período, problema que persiste hasta bien entrado el siglo XX. De ahí que sólo pudieron mapearse para todo el istmo ciertos temas específicos sobre los cuales se contaba con mapas de la época u otras fuentes que especificaran, por ejemplo, la ubicación de los centros urbanos, las vías de comunicación y medios de transporte, o la distribución de la población. Para otros temas, se elaboraron mapas de zonas específicas para las cuales se logró obtener información cartografiable.

Ya en la segunda mitad del siglo XX mejoraron sustancialmente la calidad y cobertura de las estadísticas oficiales centroamericanas, a partir de los censos simultáneos de 1950, aunque luego la frecuencia de éstos varió de un país a otro. Los datos fueron publicados usualmente en forma agregada, por provincias o departamentos y excepcionalmente por distritos, con poco detalle local. Ello obligó a un cambio en la representación cartográfica, que anteriormente giraba en torno a las villas y pueblos con sus áreas de influencia, para centrarse más bien en las divisiones político-administrativas.

En cuanto Atlas, inevitablemente hay un sesgo hacia lo mapeable, que a su vez está sujeto a la información georeferenciada disponible para distintos períodos. Ello, aunado a la necesaria selectividad y al peso de las tradiciones disciplinarias, quizás explica algunas exclusiones temáticas. Algunas seguramente fueron intencionales, otras inevitables por falta de información, y en todo caso era necesario escoger y priorizar. Cada uno de nosotros podría imaginar otros mapas deseables, de acuerdo con nuestras propias áreas de especialidad e interés. Así, por ejemplo, podríamos pensar en mapas sobre los procesos de innovación tecnológica y la circulación del conocimiento; sobre las redes sociales en su dimensión espacial; sobre las luchas por la tierra; sobre delictividad y violencia interpersonal; sobre las zonas dedicadas a cultivos definidos como ilegales en distintos períodos; sobre la destilación, distribución y consumo de licores tanto autorizados como clandestinos; sobre la distribución de la prensa escrita o sobre diversas manifestaciones culturales. Lejos de ser carencias del Atlas Histórico de América Central, éstas y otras posibilidades sugieren líneas de trabajo histórico-geográfico, que ahora cuentan con una sólida base en la cual apoyarse y con un extraordinario ejemplo de la calidad que puede y debe lograrse, tanto en los contenidos históricos como en la representación cartográfica. Sobre todo, este Atlas muestra la gran riqueza y el enorme potencial del amplio campo interdisciplinario de la Geografía Histórica, en el cual se encuentran no sólo geógrafos e historiadores, sino también profesionales en otras ciencias y disciplinas, labrando nuevos espacios para el estudio del pasado pero también para comprender nuestro presente y visualizar futuros posibles.